

Margarita de Grau y José Grau, en cambio, se preocupan «demasiado» de lo nuevo. Lo nuevo es demasiado cuando no sale de dentro del artista, sino cuando el artista va a buscarlo en una objetividad y compuesta por una subjetividad ajena. Hay una «forma» de época, como existe, para cada época, un sentido singular. Pero esa formalidad exige del artista ojos tan nuevos como los del primero que supo verla. En los Frau domina una insistencia formal ya sentida y ponderada, a cuya ponderación y sentido ellos sólo agregan la maestría y la paciencia. A veces, como en *Anunciación*, de Margarita de Grau, la maestría es tanta, que se ve el cuadro—la formalidad del cuadro—como ante el encanto de una verdadera anunciación. Al *Angel del Mar*, de José Grau, le sobra ingenuidad. La mucha preocupación no señala al ingenuo.

A Cossío del Pomar le ocurre otro tanto en distinta intención. Es bueno su *Escena de revolución en Sudamérica*: pero sería pasmosamente bueno si el pasmo no lo hubiésemos agotado ante el color, el dramatismo y la fuerza del cuadro de los fusilados de Goya.

Aquí—en la Sala II—exponen los esposos Vázquez Díaz. No es cosa de detenerse ahora ante dos artistas que no pretenden quedarse en el Salón de Otoño. Han venido a animar a los jóvenes con una lección de juventud magnífica. Una lección preferente de dibujo, como corresponde a los buenos maestros. Citarlos en detalle corresponde a las grandes solemnidades. Como a Gutiérrez Solana y López Mezquita, que presiden el esfuerzo de otras salas. Vázquez Díaz se hace imperativo con dos dibujos a lápiz, retratos de *Frasuelo* y *Lagartijo*, que habrán de ser muy pronto autoridad en la emoción de un óleo de época: la época de los grandes toreros.

En la Sala III domina «el buen modo de hacer», sin otras preocupaciones y otras satisfacciones que dejar las cosas de la pintura como están, como vienen estando desde las épocas—las juventudes—más gloriosas. Todo, o casi todo, está bien. Lo malo es que si no se insistiese en lo mismo no habríamos de perder la memoria de otras épocas. Aquí el Salón de Otoño quiere ser, como dijimos antes que debe ser, un salón de consagrados, en que no se violentase la etimología decadentista de la palabra otoño.

Dicho lo de Gutiérrez Solana, e insistiendo en López Mezquita (que en *Nevada* parece, por lo sensible, un maestro que empieza a entusiasmarse), lo demás es labor de excelente serenidad. Especialmente Masriera, Llorens Díaz, Moreno Carbonero, Grosso, Martínez



«En el café». Cuadro de Pedro G. Camio.
(Fot. Cortés)

Carrasco, Vila Puig y Martínez-Cubells Ruiz, dan fe de una satisfacción muy justificada.

Algo más de inquietud, aunque no de originalidad, hay en la Sala VI. Aquí los paisajistas recuerdan,

unos a Rusiñol, otros a Mir. Los más son artistas que han aprendido muy bien su oficio. Se destacan, con momentos sumamente felices, Puig y Perrucho, Planas Doria y Rodríguez Puig. De esta sala se saca la impresión de que el paisaje mantiene su conveniente tiranía sobre la emoción, cosa que al arte hispánico le viene bien, si ha de ser una renovación, después de estar ausente en la mejor época de la pintura española. Es por el paisaje como ha de volver la edad de oro para el arte.

Si los rebeldes españoles son como dicen los que exponen en la Sala VII, permítansenos dudar de la rebeldía.

Un paso atrás, y estamos en la Sala IX. Vuelta a lo bien hecho, a lo eterno bien hecho. Luz viva y móvil en *Estío*, de Vicente Albarranch Blasco; movilidad de la luz que hace vivo el cuadro. Luz quieta, como la de los atardeceres madrileños; luz de modelo paciente en los crepúsculos—tan madrileña—en *Pinos de la Moncloa*, de Cubas y Martín.

Pedro G. Camio todavía sigue pintando bien, muy bien, como pintaba cuando empezó a pintar, sin querer ir a más lugares que los de su habilidad y maestría. Y es que también existe «la pintura por la pintura», donde tanto tiempo se ha detenido, naturalmente satisfecha, la pintura española.

Si llamáramos a la Sala XIV el lugar de los aplicados, de los obedientes alumnos, y a la VIII—pensionados de la Casa de Velázquez—, la de los que quieren acreditar su tiempo, haríamos el resumen de estos sectores del Salón de Otoño. ¿Primavera en otoño? Lo siento por lo literario del título; literatura de una generación pasada. No importa si entre los pensionados hay algunos que parecen esperar el día final de la pensión para tomar el camino y coraje por cuenta propia.

Lo demás, que nos perdone la falta de espacio. Sin excluir la escultura. Yo bien sé que Compostela, Castel, Cabrera Gallardo, Torre-Isunza, Otero Arenas y otros pueden exigir una referencia demorada. Compostela exige esa consideración por la gracia con que entrega la madera a un arte decorativo, tal si fuera material destinado a las ponderaciones del adorno.

Pero al lado se abre la Sala de Inurria. E Inurria, muerto, es un minuto de silencio impuesto a la crítica como homenaje a su memoria.

RAFAEL SUAREZ SOLIS

un tratamiento completo de belleza

POLVOS
jungla

EXTRACTO
LOCION
COLONIA
POLVOS
ROJO PARA LOS
LABIOS



MYRURGIA